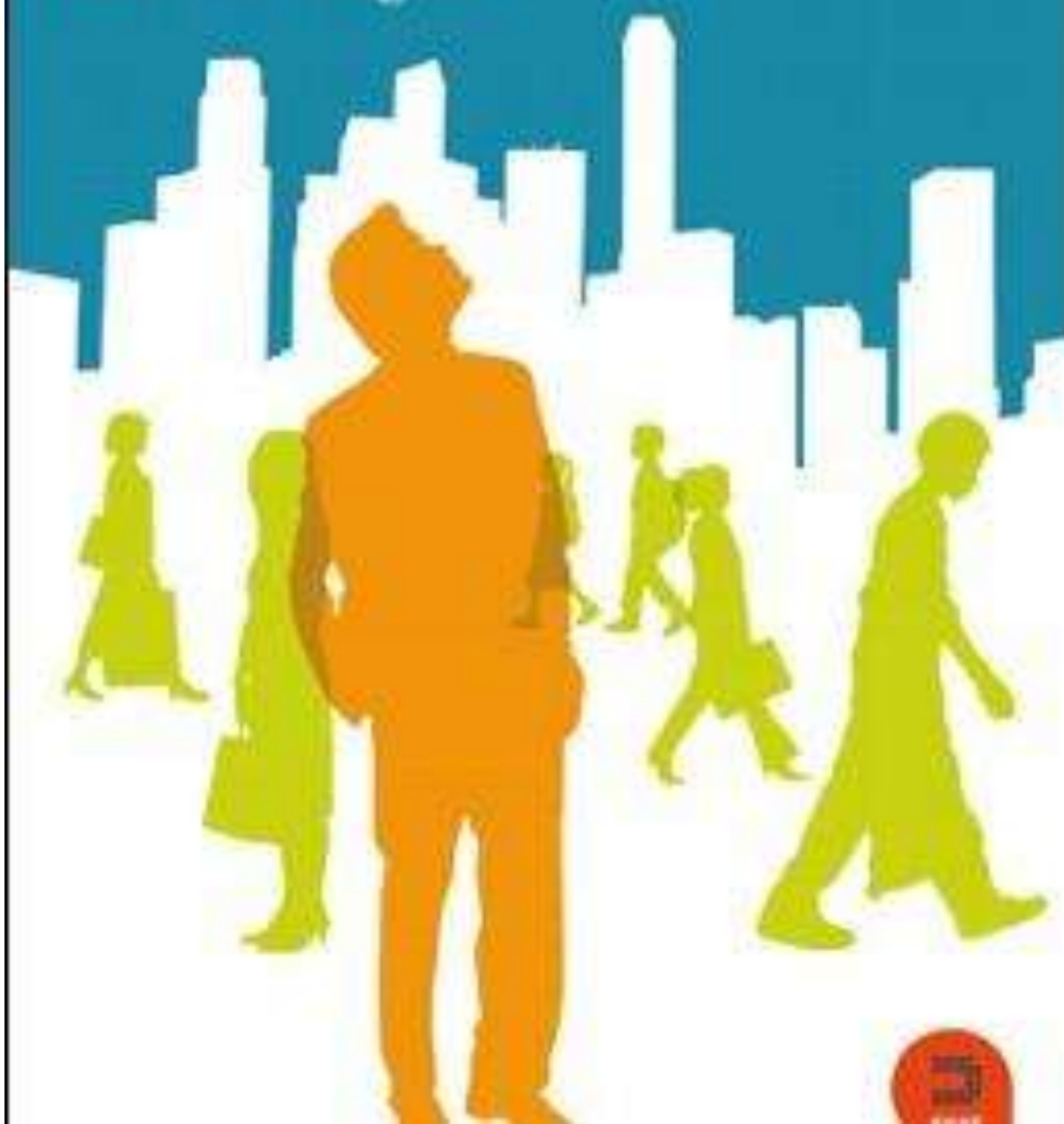


MEDITACIONES DESDE
LA CALLE

Jairo del Agua



EL GATO EGIPCIO

Providencia, temor, libertad e imaginación

Era invierno y caminaba por una angosta calle de Madrid. Casi me tropecé con un joven que llevaba en sus brazos un canastillo del que sobresalía la cabeza de un raro animalito. Me paré y le pregunté: «¿Es un perro?» «No —me respondió—, es un gato egipcio, de raza «*sphynx*» o esfinge. No tiene pelo, como ve, por eso le llevo vestido de lana y resguardado en este canastillo, para que no coja frío». Mientras hablaba, me mostraba con orgullo aquel arrugado felino y su vestimenta. Le di las gracias por las aclaraciones y nos despedimos.

165

Apenas reanudé mi camino, me vino a la cabeza una cita (apócrifa) de la Escritura: «Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros gatos, cuanto más vuestro Padre celestial...».

En etapas pretéritas y angustiosas de mi vida, me he agarrado a mucho menos: un dibujo del Padre cuidando un pajarillo o una estampa de un marinero al timón contra la tormenta, pero acompañado por el mismísimo Señor del Universo.

Esa sensación de estar cuidado y de ser acompañado, rebajaba mi nivel de angustia, me tranquilizaba y me llenaba de paz. Después he aprendido que Dios no suele actuar directamente

en la vida de sus hijos. Él quiere que caminemos sin muletas y aprendamos a administrar nuestros talentos con *autonomía* y *libertad*. ¿Qué padre preferiría mantener a su hijo en silla de ruedas o en cama toda la vida?

Cuando, hace años, leí *Cristología para empezar* de J. R. Busto²⁷ ya no me escandalicé. Me pareció muy real aquella frase, decepcionante para algunos: «Dios no nos salva, cuando nos estamos ahogando, haciéndonos caminar sobre el agua, sino que nos salva dándonos fuerza desde dentro para nadar». Algunas personas se angustian cuando comprenden que Dios no les evitará los problemas sino que les apoyará y acompañará para que tomen decisiones y caminen libremente por la vida.

Una persona buena me confesaba que lloró amargamente cuando se dio cuenta de esa autonomía, de esa «distancia» de Dios. Ya no se sentía transportada y segura en sus brazos. Era ella la que tenía que sortear los riesgos y tomar decisiones para evitarlos y, a veces, los perjuicios venían de fuera (una enfermedad, una pérdida, un accidente, etc.). Ese descubrimiento la empezó a angustiar de tal manera que vivía tensa, preocupada, hipersensible, por lo que les podría pasar a ella o a los suyos en el futuro. El «gendarme del cielo» ya no haría de guardaespaldas contra todo dolor, ya no valía vivir colgada de lo alto. *Era ella la que tenía que tomar la vida en sus manos y construirla*. Se le volatilizaron las novenas, las promesas, las velas, las medallas protectoras, el agua bendita... Finalmente me reconoció que ese miedo que ella sentía no era más que *inmadurez*, falta

²⁷ JOSÉ RAMÓN BUSTO, sacerdote jesuita y actual Rector de la Universidad de Comillas (Madrid).

de confianza en sí misma, *temor a la libertad y autonomía* de la persona humana. En suma, puro infantilismo.

¿Entonces, la confianza en Dios no sirve? ¡Ya lo creo que sirve! ¡Vivimos por Él, con Él y en Él! Pero eso no nos exime de conducir nuestra vida con lucidez y seguridad, de poner en marcha todos los recursos recibidos. No podemos olvidar aquello tan antiguo: «Escuchad mi voz, y yo seré entonces vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo; seguid cabalmente el camino que os he prescrito para vuestra felicidad» (Jer 7,22). ¡Qué poco hacemos para descubrirnos como personas, para madurar, para conseguir un equilibrio y realizarnos! ¡Ese es el camino de la felicidad y ahí nace la verdadera religión! Lástima que tantos se conformen con el escapulario, el rito y poco más, sin atreverse a salir de una religión infantil y sin que nadie les estimule.

167

Pues bien, demos un pasico hacia el equilibrio y la madurez. Cuando nos asaltan temores exagerados (angustias por el futuro) hay que saber que existen en la persona «malos funcionamientos», desequilibrios, que nos hacen ver fantasmas con más o menos gigantismo. La causa más frecuente es el «funcionamiento imaginativo» o imaginación desbocada, a la que santa Teresa llamaba «la loca de la casa». *Proyectamos nuestros fantasmas al futuro y sufrimos en el presente por lo que todavía no ha ocurrido y, probablemente, nunca ocurrirá.* Es de necios enrollarse en esas imaginaciones, a veces obsesivas y patológicas.

¿Cuál es el remedio? ¿Colgarse de los santos, hacer novenas, prometer ofrendas, iniciar cadenas, etc.? ¿O, por el contrario, rechazar a Dios por inútil para sacarme de mis angustias? ¿O, tal vez, no salir de casa y vivir encogidos, asustados, amargados? Desde luego si el temor es obsesivo y recurrente lo mejor

que se puede hacer es acudir al médico o al psicólogo. Pero la mayoría de los humanos nos basta este sencillo remedio: huir. Es decir, cortar el «funcionamiento imaginativo» (desequilibrio) y no pensar en esos posibles males futuros. Es una insensatez ponerse a dialogar con «la loca de casa» y, peor aún, dejar que gobierne tu vida.

Cuando te acose ese temor al futuro, «corta la imaginación, vuelve al presente». ¡Santo remedio! El temor se esfuma. No recuerdo de quién es esta sensata frase: «El que teme sufrir (futuro) ya está sufriendo (presente) de temor».

168

El remedio es vivir el presente (gozoso o amargo) y sembrar el futuro. Nadie cosecha trigo si no ha sembrado antes muchos granos. Con nuestras decisiones de hoy estamos construyendo el futuro. Son las opciones de nuestra libertad, hoy y ahora, las que están levantando el futuro. Si malgastas hoy, antes o después te visitará la escasez. Si fumas hoy, antes o después te arrinconará la enfermedad. Si hoy perseveras en el estudio, tu mañana será más próspero. Hay una frase que describe perfectamente la actitud del hombre sensato y religioso: «Haz el cien por cien de lo que esté en tu mano y abandona el resultado a las manos de Dios».

En síntesis, no será Dios quien venga a realizar mis tareas o solucionar mis problemas, pero una vez haya yo realizado mi parte, podré dormir tranquilo sabiendo que hay un Padre que vela por mí en todo momento. De sabios es tener presente esta frase: «Los que cometen el pecado y la injusticia son enemigos de sí mismos» (Tb 12,10). Para después abandonarse en esta otra: «Todo es para bien de los que aman al Señor» (Ro 8,28). Por tanto, ni vegetar acunado como gato egipcio, ni temer más que a nuestros propios errores del presente.